

Dataria apostólica consagra á esta buena obra cerca de siete mil escudos anuales.

6 DE FEBRERO.

Caridad romana con el convaleciente.—Con el pobre que sana.—Trabajos públicos.—Socorros particulares.—Limosnería apostólica.

Durante los tres primeros siglos, se pudo seguir la religion cristiana por las huellas de su sangre y distinguirla así de las sectas extranjeras. Hoy se la pueda reconocer todavía por el carácter incomunicable de sus obras. Hace ocho días la seguimos en la gran Roma por el rastro de sus beneficios, y nuestra expedicion no estaba terminada. Los cuidados maternales con que la caridad rodea al hombre en la cuna y en su lecho de dolor nos eran conocidos; pero si el pobre enfermo vuelve á la salud ¿será arrojado á la calle y abandonado á sí mismo tan luego como sus fuerzas, imperfectamente restablecidas le permitan dirigirse á su morada? Así sucede en la mayor parte de las naciones civilizadas; Roma observa otra conducta. Es verdad que el enfermo está en convalecencia, pero está todavía débil, no puede ganar su pan de cada día y un trabajo demasiado pronto puede ocasionarle funestas recaídas; el tiempo, un alimento sano y abundante y un aire puro, son las únicas cosas que pueden devolverle su vigor primitivo.

“Y hé ahí, dice M. de Fournon, cómo la caridad romana, con una mano tan liberal, cria establecimientos en donde los enfermos encuentran socoros; y completa luego su obra con una fundacion que deben envidiar todas nuestras grandes ciudades. En los bordes del Tiber se levanta un vasto y hermoso edificio, destinado á los convalecientes, es decir, á aquellos que en los hospitales han llegado á un

punto en que los remedios son útiles y en que un aire puro, un alimento sano, la falta de trabajos y de penas domésticas, son los únicos cuidados. El convaleciente recibido en la “Casa della Santísima Trinidad de Pellegrini,” de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, lejos de las imágenes fúnebres que en los hospitales asedian su lecho, abre allí su corazón á la esperanza y á la alegría, y poco despues la sociedad le vuelve á ver en un estado de salud sólida y listo para serla útil” 1.

Un santo fué el primero que tuvo el pensamiento de este establecimiento. Movido de compasion al ver salir de los hospitales á hombres apenas levantados de la enfermedad, extenuados, lánguidos, privados todavía de las fuerzas necesarias para el trabajo, púsose San Felipe Neri á recogerles en la casa que le dió generosamente la noble dama Elena Orsini en las Termas de Agripina. Allí les guardaba hasta que hubiesen recobrado sus fuerzas y estuviesen capaces de trabajar; esto pasaba en 1551. La liberalidad de los soberanos Pontífices aumentó de tal modo la casa primitiva, que ha llegado á ser el magnífico hospicio de los peregrinos y de los convalecientes. Cuando ya un enfermo debe ser despido del hospital, vereis venir una carroza que se detiene en sus umbrales, á ella sube el enfermo y aquel hijo de la caridad es llevado, como un gran personaje, á una soberbia morada. Todos los hospitales de Roma tienen un carruaje semejante destinado al mismo uso. Aquellos enfermos son recibidos con cuidado por los cofrades, y se les guarda hasta que están enteramente restablecidos. Su alimento consiste: por la mañana en un caldo y una onza y media de pan; en el almuerzo, una sopa, diez onzas de pan, seis de carne, un poco de vino y fruta; en la comida, una

1 Estudios estadísticos, t. II, p. 118.

sopa, tres onzas de carne, seis de pan, una ensalada y vino.

Un médico visita todos los días el establecimiento; si el convaleciente siente una recaída, se le traslada de nuevo al hospital ó bien se le conserva en el hospicio, cuando no está en estado de soportar la traslacion. El número medio de los convalecientes es de cerca de setenta 1. No daré aquí la descripcion del hospital; la reservo para el día que vengamos á hacer nuestra visita á los peregrinos.

Ved ahí ya al enfermo perfectamente curado; ya puede con confianza volver al seno de su familia. Pero para vivir necesita trabajo, y ¿quién sabe si lo encontrará? La caridad no ha querido dejarle esta cruel inquietud. Roma tan inteligente como generosa, ha comprendido, y acaso es la primera, que la limosna más útil para el pobre válido es la del trabajo. De esta máxima tan querida para los economistas modernos, ved su magnífica aplicacion en la ciudad de los pontífices. Tratándose de trabajos públicos, Roma cristiana rivaliza con las capitales de la Europa, ó más bien, las excede á todas. Los Papas han emprendido obras seculares no solamente para difundir en su ciudad la gloria y el esplendor, sino tambien para ofrecer á los pobres desocupados un medio de provecho y de consuelo. Tal fué en particular el objeto de Sixto V, de Inocencio XII, de Pio VI, de Pio VII, en sus inmortales empresas. Aunque pobre, Gregorio XVI consagra á este objeto una suma anual de 33,293 escudos 2.

Los obreros son comúnmente en número de seiscientos; se les dan por día doce bayocos y un pan. Con el fin de impedir la mala conducta ó la pereza, se despide á aquel que falta tres veces consecutivamente. La administracion se compone de dos

1 Morich., p. 80.

2 Morich., 17 y 174.

inspectores, de ocho vigilantes y treinta y dos cabos, de algunos oficinistas y guardianes, quienes todos, ménos los inspectores, se eligen entre los obreros mismos. Durante nuestra permanencia en Roma, estaban ocupados los pobres en las excavaciones del Forum; los ancianos quitaban la yerba de la Vía Sacra ó limpiaban los fosos del Palatino; otros eran empleados en la edificacion de San Pablo extra-muros, y cerca de setenta en las fraguas de Tívoli. Es bueno observar que todos los trabajos públicos de conservacion, de limpieza y de construcciones romanas aprovechan á la Europa entera; cada año millares de sabios y de artistas van á estudiarlas, y si hay algo que admirar, es que pocos piesen en bendecir la mano, dos veces bienhechora, que llevó á cabo aquellas útiles obras.

Apesar de su buena voluntad, puede suceder que el obrero no pueda con su labor subvenir á las necesidades de su familia. La caridad romana viene entónces en su ayuda y resuelve de la manera más liberal este temible problema de las sociedades modernas: la abundancia de los unos suple, en justos límites, la indigencia de los otros. Seria largo nombrar en pormenor todas las obras caritativas que tienen por objeto los socorros que se dan en la casa del que los necesita. Diré solamente que á la persona del soberano Pontífice está afecto un prelado encargado de distribuir las limosnas del padre comun. La institucion de un limosnero secreto, “*elemosiniere secreto*,” del Papa se remonta al siglo sétimo, bajo el pontificado de Conon. El ejemplo del Santo Padre fué imitado por los reyes y los príncipes cristianos; pero Roma tiene la gloria de la iniciativa. El limosnero apostólico habita el Vaticano, en donde se encuentra su secretaria, sus archivos y sus cuentas. Acompaña siempre al Santo Padre como miembro íntimo de la familia pontificia, ya

en las estaciones solemnes de la ciudad, ya en los viajes fuera de Roma, porque es el canal necesario de sus innumerables limosnas.

El limosnero distribuye quinientos escudos por mes en dones manuales, á voluntad del papa, y las más veces, según rescripto del mismo Santo Padre. No hablo aquí de los socorros dados para la educación de los niños. En los días más prósperos, acordaba también numerosas pensiones mensuales. Estas pensiones se daban de preferencia á los pobres vergonzantes, á las instituciones de caridad y á los monasterios. El 2 de Febrero, aniversario de la coronación de Gregorio XVI, vimos en el gran patio del Belvedere, en el Vaticano, á Monseñor el limosnero rodeado de una multitud de pobres; este espectáculo nos recordaba á San Lorenzo y la casa de Santa Ciriaca. Los hombres estaban de un lado; las mujeres de otro; cada pobre recibía un medio paolo, lo que se llama la limosna «del grosso;» el primer año del pontificado se da un paolo entero por cabeza. En otro tiempo, había una limosna llamada «del testone» ó de los tres paolos, que se daba los días de Pascua y de Navidad [paternal atención de los vicarios de Jesucristo, que querían hacer pasar alegremente al pueblo aquellos días de fiesta; la baja de las rentas pontificias ha hecho cesar esa costumbre. Hay otra que subsiste todavía y que tiene el mismo principio. Tres veces al año, en Pascua, en Navidad y en el día de la coronación del papa, el limosnero da un paolo á todos los detenidos en la prisión «Inocenciana,» á los jóvenes de la casa de corrección, á las mujeres de la penitenciaría de San Miguel y á los presos por deudas en el Capitolio.

Citemos todavía una costumbre secular y muy tierna, que la desgracia de los tiempos ha suprimido, al menos en parte. A imitación de Nuestro Señor, que había ali-

mentado á doce Apóstoles, los Papas, desde San Gregorio Magno, hacían comer todos los días en sus palacios á doce pobres y les servían con sus propias manos, cuando no estaban impedidos de hacerlo; Leon XII ha dado muchas veces este tierno ejemplo. Hoy la mesa está suprimida, pero se da todos los días á doce pobres una suma equivalente, á fin de que puedan dividirla con sus familias 1.

7 DE FEBRERO.

Anécdota.—Otras caridades con el pobre; visitas á las casas.—Comisión de los subsidios.—Préstamo de dinero al pobre.—Cuidado con sus pequeñas economías.—Lotería.—Defensa de sus intereses temporales.—Cofradía de San Ives.

Volviendo á emprender nuestra visita de Roma caritativa, bajamos al Corso. Algunos libros, puestos en el modesto almacén de un vendedor de libros viejos, atrajeron un instante nuestra curiosidad; puse la mano en un «Macróbio.» ¡Qué buena fortuna! y me apresuré á buscar la famosa palabra atribuida al emperador Augusto, sobre la carnicería de los Inocentes. Esta palabra es de gran importancia, puesto que demuestra, por el testimonio de la historia profana, un hecho cristiano de alto valor. Luego en la página 159, libro segundo de las «Saturnales», leí: «Habiendo sabido Augusto que entre los niños de menos de dos años condenados á muerte en la Siria por orden de Herodes, rey de los Judíos, había hecho morir este príncipe á su propio hijo, exclamó: «Vale más ser cerdo de Herodes que su hijo.» 2 Vedlo claramente.

1 Constanzi, t. I, p. 21 y 27; Morich., p. 177.

2 Cum audisset Augustus inter pueros quos in Syria Herodes rex Judæorum intra bimatium jusit interfici, filium quoque ejus occisum, ait: Melius est Herodis porcum esse quam filium.

En Roma, como en otras partes, los pobres que extienden la mano en las calles no son las más veces los que más deben quejarse. Además, dar una pieza de moneda basta raras veces para aliviar al desgraciado, porque el hombre no vive solo de pan. Pero que el rico se acerque al pobre, que entre en su miserable choza, que se identifique con su posición y le deje con el pan material buenas y dulces palabras que reanimen su valor, tal es la verdadera limosna, la que caracteriza esencialmente á la caridad católica. Roma lo ha comprendido y la «Comisión de los subsidios» se encarga de todos estos deberes con inteligencia y actividad. Fué establecida bajo los últimos Pontífices, y se compone de un cardenal presidente y de quince miembros nombrados por el Santo Padre. Sus funciones duran seis años solamente, porque se ha pensado que al cabo de este tiempo su celo podría amortiguarse. La ciudad está dividida en doce regiones, cada región se subdivide en parroquias, y un número correspondiente de congregaciones «regionarias» ó parroquiales reparte las limosnas; los miembros de estas últimas permanecen tres años en su encargo.

La comisión se reúne una vez por mes en la casa del cardenal presidente; una vez al mes también se reúnen las congregaciones parroquiales en las cuales se discuten las peticiones de los pobres de la parroquia. Dos enviados van á visitarles á sus casas, rectifican sus asertos, se persuaden de sus necesidades y proponen la naturaleza, el monto y la duración del socorro necesario; la comisión superior hace en seguida el abono pedido. Los visitadores se ocupan también con cuidado de in-

vestigar el estado moral de los pobres, averiguan su conducta, las causas de su miseria y los medios de remediarla. Los socorros concedidos se componen comunemente de vestidos, de camas, de ropa blanca y de útiles para diferentes oficios. Todos estos objetos son fabricados en el hospital de las Termas, están marcados con una señal particular y no pueden ser vendidos, so pena de diez días de prisión. La caritativa comisión reparte anualmente ciento setenta y dos mil ciento cuarenta y cinco escudos, suministrados por la Cámara apostólica. 1

Al leer estos pormenores, es muy difícil no conocer el tipo esencial de nuestra admirable «Sociedad de San Vicente de Paul.» En este punto como en otros, Roma tiene todavía la gloria de la iniciativa.

Sin estar reducido á la mendicidad el pobre obrero, tiene muchas veces necesidad de dinero, ya para comenzar alguna pequeña empresa, ya para comprar las materias que pone en obra, ó ya también para los útiles que usa. En este punto también la caridad romana se ha presentado la primera ante esta necesidad; los Estados pontificios vieron nacer los montepíos, cuya gloria pertenece toda entera al padre Bernabé de Terni. Comenzaba el siglo décimoquinto; el buen religioso, predicando en Perusa, no podía contener sus lágrimas al ver los enormes intereses arrancados á los pobres por los usureros y sobre todo por los Judíos 2. No se prestaba á menos de setenta ú ochenta por ciento. Su celo no le dejó descanso hasta después de haber comprometido á algunos ricos cari-

1 Morich., p. 181.

2 Montes Pietatis..... ut at ipsa tanquam ad montem confidenter refugere possint indigentes, et ea in promptu sint ad mutuandum sub pignoris cautione ipsis indigentibus, et occurrendum usuris quas pro sua indigentia usurariis præsertim Judæis solvere cogebantur. Ferraris, t. V.

tativos á formar una caja de préstamos para los necesitados, mediante un ligero interés destinado al pago de los empleados. El proyecto tuvo un éxito maravilloso, y esta caja se llamó "Monte de piedad." Esto ocasionó un concierto unánime de bendiciones de parte del pobre pueblo y una explosión formidable de injurias, de acusaciones, de reclamaciones y de calumnias de parte de los agiotistas. Felizmente, los pequeños y los débiles tenían entonces un apoyo en el papado. Los soberanos Pontífices impusieron silencio á los detractores, aprobaron la institucion ó hirieron con censuras á cualquiera que hablase mal de ella. En el número de estos bienhechores del pueblo, citemos entre otros, á Paulo II, á Sixto IV, á Inocencio VIII, á Julio II y á Leon X. Al leer las sábias y paternales prescripciones de estos Pontífices no se puede dudar de que no hay en la historia una página que haga más honor á la caridad romana 1.

No tardó en establecerse un monte de piedad en Roma, y los cardenales, protectores de la orden de los Hermanos Menores, lo fueron tambien de su obra. Entre estos príncipes de la Iglesia, debe nombrarse, por reconocimiento, á San Carlos Borromeo, que hizo perseverantes esfuerzos por la prosperidad de la institucion. Clemente VIII, viendo el número creciente de los depósitos, compró, para recibirlos, tres grandes palacios, cuya reunion forma hoy el local del Monte de Piedad; lo visitamos con admiracion. La capilla destinada á los ejercicios religiosos de la cofradía resplandece con mármoles raros y preciosas esculturas; todo el edificio está recientemente restaurado. Supimos que el Santo Padre Gregorio XVI acababa de dar al Santo Monte una prueba de simpatía y de dejarle un recuerdo de su generosidad hácia los pobres, mandando á sus expen-

1 Véase, entre otros, á Ferraris *Bibliotheca* te., art. *Montes Pietatis*.

sas la devolucion gratuita de muchas prendas. En los tiempos más prósperos de la obra, se conservaban diez y ocho meses gratuitamente las prendas que no excedían de 30 escudos de deuda. Desde los sacudimientos políticos, la prenda de un año se recibe y se renueva gratuitamente solo cuando el préstamo no excede de 13 escudos.

Dos cosas distinguen el monte de piedad en Roma: la primera es el establecimiento de una sala particular en donde se recibe únicamente el oro, la plata y las alhajas de un valor de más de cuatro escudos. La facilidad que se presenta á los que depositan y la reserva de que se usa á este respecto, especialmente en este "depósito" adonde vienen frecuentemente, impulsadas por la necesidad, personas muy honradas, es un nuevo ejemplo de delicadeza de la caridad romana. La segunda es el establecimiento de "montes" suplementarios ó sucursales en los diferentes cuarteles de la ciudad. Están destinados por el monte de piedad mismo á recibir provisionalmente prendas, cuyo valor sea hasta de cuatro escudos, con el fin de que los pobres puedan encontrar un socorro instantáneo á todas horas y sobre todo los días festivos que el establecimiento principal está cerrado.

Si el monte de piedad presenta al pobre el medio de sustraerse á las desolaciones de la usura, le suministra con demasiada facilidad tal vez, fondos que puede perder en desórdenes y locuras. Para compensar los vicios de esta institucion, ó más bien para completarla, se ha establecido en Roma una caja de ahorros. De este modo, el pobre, el artesano, el honrado labrador, encuentran en la previsora ciudad el precioso recurso de procurarse dinero para sus necesidades y el medio seguro de conservar útilmente el fruto de sus economías.

Además, el pueblo es siempre un niño; á pesar de la activa solicitud con que se vela por sus intereses, la tentacion del juego puede arrastrarle á pérdidas ruinosas y dejar comprometido á él y á su familia. Ya es sabido cuán grande atractivo presta á los pobres la lotería. Esta, autorizada en Roma por Inocencio XIII, fué abolida por Benedicto XIII; su sucesor, Benedicto XIV, viendo que su pueblo, apasionado por este juego de azar, corría á todos los Estados limítrofes donde estaba establecido, sacando de Roma el capital se decidió á tolerarlo. Pero obligó al fisco á dar á los gananciosos un 80 por 100, y á hacer recaer en los pobres todo el provecho del juego, deduciendo solo los gastos. Así la lotería de Roma da 30,000 escudos por año en limosnas manuales; 15,000 en otras limosnas y 3,500 escudos de dotes á las jóvenes de que poco há he hablado. Tal es la hábil combinacion en virtud de la cual la lotería de Roma cura con una mano las heridas que puede causar con la otra. ¿Conoceis un medio más ingenioso de sacar el bien de un mal necesario?

Protegido el pobre contra sus mismas pasiones no le queda más que ponerse á cubierto de la injusticia de otro. Si el rico se ve comprometido en un proceso, ó se defiende á sí mismo, ó encuentra fácilmente abogados; pero el pequeño y el débil, nada ilustrado para defender su causa, ó demasiado pobre para encontrar una voz que quiera prestarle su apoyo, se ve expuesto sin defensa á una ruina completa; Roma entonces viene en su ayuda. Desde principios del siglo décimosexto se formó una sociedad de letrados, abogados ó prelados de los tribunales y aun de la Rota. Se reúne todos los domingos en la iglesia de San Carlos, en donde tiene su oratorio particular. Despues de haber cumplido con sus ejercicios piadosos, se retira á una sala inmediata para examinar las causas

civiles en que los pobres se encuentran interesados y comprometidos; reconocido el derecho de éstos, toma al punto su defensa gratuitamente. La archicofradía de "San Ives" no excluye á ningun pobre de su patrocinio, cualquiera que sea su país; nueva prueba de que la caridad romana ha aspirado siempre á ser católica.

La Cofradía se compone de un cardenal protector; de un prelado miembro de la magistratura de Roma, llamado prefecto, y de asociados, todos hombres sabedores de las leyes. El pobre que reclama su apoyo envía directamente su súplica al cardenal protector, quien la manda á alguno de los legistas de la sociedad. Este examina las certificaciones de indigencia y las razones presentadas como prueba de su derecho por el peticionario; luego, reunidas estas dos condiciones de justicia y de miseria, se encarga la Cofradía de la causa y uno de los cofrades presenta la defensa. Además, el pobre es elocuentemente defendido, porque la Cofradía ha visto siempre entre sus miembros á personajes célebres; hoy todavía está orgullosa de haber contado entre sus filas al ilustre Benedicto XIV, cuando no era más que el abogado Lambertini. Los soberanos Pontífices, por su parte, no han cesado de estimular ó impulsar esa asociacion eminentemente cristiana. Benedicto XIII la concedió el privilegio de poder condecorar con la prelatura romana al abogado que le pluguiese elegir.

8 DE FEBRERO.

Carnaval.—Caridad romana con el pobre sin abrigo.—Visita á Santa Galla y á San Luis.

Era cerca de medio día cuando salimos para seguir nuestro itinerario; pero el carnaval estaba en la calle y nos fué preciso batirnos en retirada. Por otra parte, los historiadores más graves de la antigüedad